

Los *Cuadros de viaje de las Islas Canarias* de Karl von Fritsch

José Juan Batista Rodríguez

En 1867 aparecieron, en la ciudad alemana de Gotha, los *Reisebilder der Canarischen Inseln* del barón Karl von Fritsch, nacido el 11 de noviembre de 1838 en Weimar y muerto el 9 de enero de 1906 en Merseburgo. Había visitado las Islas Canarias, por vez primera, cinco años antes, recién doctorado, para irse aclimatando progresivamente a las condiciones medioambientales de Cabo Verde, cuya geología pensaba investigar. En estos *Cuadros de viaje*, con un título a imitación de Heine, que tanto fue imitado en Alemania, recogió las impresiones de su viaje a Madeira y Canarias, mezclando con sobriedad no exenta de gracia los datos geológicos y botánicos con las historias de nuestra gente, tanto del pueblo llano como de los intelectuales de la época. Él mismo nos habla de su relación con Berthelot, con Wildpret, con Chil y Naranjo, quien lo citará en sus *Estudios antropológicos, climáticos e históricos*, y con tantos otros, declarando con toda honestidad sus fuentes, entre las que deben mencionarse otros dos alemanes que no han recibido la atención proporcional a su importancia en nuestras Islas: Carl Bolle y Hermann Schacht.

Karl von Fritsch estudió geología en la Universidad de Gotinga, donde se doctoró en 1862. Al regresar de Canarias a Europa ocupó su primer puesto docente en la Universidad de Zúrich y, de hecho, en sus *Reisebilder* se refiere alguna que otra vez a este país, lo cual ha motivado que algunos lo hayan considerado suizo erróneamente. En 1863 se habilitó en Zúrich, donde siguió enseñando hasta 1867, año en que dejó Suiza para ocupar una titularidad de mineralogía y geología en la Universidad de Fráncfort del Meno. Un año antes, en 1866, había estado en la isla griega de Santorín, la antigua Tera, para estudiar la actividad de sus volcanes. Y, en 1867, aparecieron dos libros suyos sobre Canarias: los



ya citados *Reisebilder der Canarischen Inseln*, objeto de esta presentación, y la *Tenerife, geologisch-topographisch dargestellt*, en dos volúmenes (uno de ellos un atlas) y en coautoría con otros dos científicos alemanes conocidos, Wilhelm Reiss y Georg Hartung. Este último había publicado ya varias obras sobre geología de lo que, en este siglo XIX, se va a llamar Macaronesia: *Die geologischen Verhältnisse der Inseln Lanzarote y Fuerteventura* (1857), *Betrachtungen über Erhebungskrater, ältere und neuere Eruptivmassen, nebst einer Schilderung der geologischen Verhältnisse der Insel Gran Canaria* (1862), además de dos estudios sobre Madeira y Azores. Sólo un año después y, en esta ocasión, en colaboración únicamente con Reiss, su casi estricto contemporáneo, publicará von Fritsch su completísima *Geologische Beschreibung der Insel Tenerife*. En estas obras y como suele repetirse, nuestro autor descubrió las tefritas y las basanitas como nuevos minerales. En 1872 volvió a Canarias y estudió también el Atlas marroquí. Al año siguiente fue nombrado catedrático de la Universidad de Halle, donde se fue dedicando cada vez más a la paleontología. Miembro de la *Leopoldina*, la academia alemana de ciencias naturales, desde 1877, se convirtió en su director en 1895, cargo que desempeñó hasta su muerte, once años más tarde.

A continuación lo acompañaremos en su primera visita a las Islas, tal como las describe en sus *Reisebilder*, dejando la palabra a nuestro autor. El 2 de septiembre de 1862 Karl von Fritsch arribó a Santa Cruz de Tenerife procedente de Madeira, isla en la que había permanecido un mes y que describe en el primer apartado de su obra. Todavía en el barco, lo primero que le llama la atención es la pesca nocturna del chicharro; luego, al desembarcar y como harán tantos otros pioneros del turismo en el siglo XIX, surge la inevitable comparación con Madeira:

Los secos alrededores de Santa Cruz, casi totalmente desprovistos de la mínima brizna de hierba en el preciso momento de mi llegada, en pleno verano, no se pueden comparar, desde luego, con los de Funchal; por lo demás, sus huertos y paseos públicos están dispuestos con menos arte y gusto que los de Funchal. Sin embargo y a pesar de ciertos fenómenos extraños que llaman la atención del recién llegado, uno se siente como en una ciudad europea más en Santa Cruz que en Funchal.



Estampa de La Orotava en la obra de Fritsch, Hartung y Reiss (1867).

En Tenerife se queda hasta el último día de este mes, recorriendo la isla a pie y anotando tanto sus particularidades geológicas como sus tradiciones más notables, como se aprecia en su admiración ante el Teide, la cual recuerda bastante a la tan conocida de Humboldt:

Ningún viajero ha dejado atrás sin asombro los altos de Santa Úrsula, donde se abre la vista al amplio valle de La Orotava, ese Valle Taoro sobre el que se levanta la ancha pirámide del Teide y al que prestan un encantador atractivo tanto sus armoniosas formas como los agudos contrastes, por un lado, de las desiertas y peladas cumbres con los florecientes pueblos y aldeas y, por otro, del mar azul con la cambiante distribución de sombras de los campos y bosques de castaños y laureles.

A fin de mes zarpa para La Palma, pero volverá de nuevo a Tenerife, en mayo de 1863, y pasará aquí todavía más de un mes, antes de embarcarse con dirección a Cádiz.

El primero de octubre ya está en Santa Cruz de La Palma y dos días después comienza sus excursiones por la Isla:

El día 3 de octubre emprendimos ya nuestra excursión a pie hacia el interior de la isla, dirigiéndonos, en primer lugar, hacia la *Banda*, nombre que recibe, en Canarias, la seca vertiente suroccidental. En la parte alta de la escarpada pendiente en que se asienta Santa Cruz (llamada, exclusivamente, *la ciudad*), se abre, desde la *Cruz de los Globos* y hacia la *Cumbre*, una ancha planicie. Aquí se bifurcan los dos caminos principales



que conducen hasta la *Banda*: el más antiguo y cómodo pasa por la *Cumbre Vieja*, situada al sur, y el más reciente y empinado lo hace por la *Cumbre Nueva*.

De La Palma le llaman la atención la Caldera de Taburiente, desde el punto de vista geológico, y ciertos vestigios prehispanicos recientemente descubiertos en cuevas, desde el punto de vista etnológico y cultural. Así, de la primera nos dice:

La *Caldera* constituye la curiosidad más notable de La Palma. Es una enorme cuenca elíptica, cruzada en su interior por numerosos arroyos y barrancos y cercada de paredes rocosas casi verticales, muy erosionadas y polícromas. Estas paredes caen a pico unos 1200 metros, pero, después, sus cortantes prominencias se van ensanchando hasta formar unas lomas menos pronunciadas que se hunden entre los barrancos. La mayoría de estas lomas está poblada de



Paraje de la Caldera de Taburiente.

vegetación, utilizándose algunas para que pascen el ganado. Allí, entre éstas últimas, ciertas cuevas sirven de morada veraniega a los pastores y de corral al ganado; sin embargo, no hay ni una sola casa permanentemente habitada en toda esta impresionante caldera. Cerca de los refugios de los pastores y en otros pocos lugares crecen higueras. Las cascadas de agua constituyen la riqueza más útil y aprovechable de la Caldera; una parte de estas aguas se conduce a través de varios canalones hacia las localidades de la *Banda*.

A mediados de este mes le llega la noticia de que se había declarado un brote de fiebre amarilla en Santa Cruz de Tenerife. Esta circunstancia hará que



su estancia en las Islas se demore nueve meses más, hasta el 14 de junio de 1863. Por lo pronto y durante casi dos meses, seguirá recorriendo La Palma a pie y a mula. En ese tiempo describe todo aquello que llama su atención, incluida la leyenda de la Isla de San Borondón.

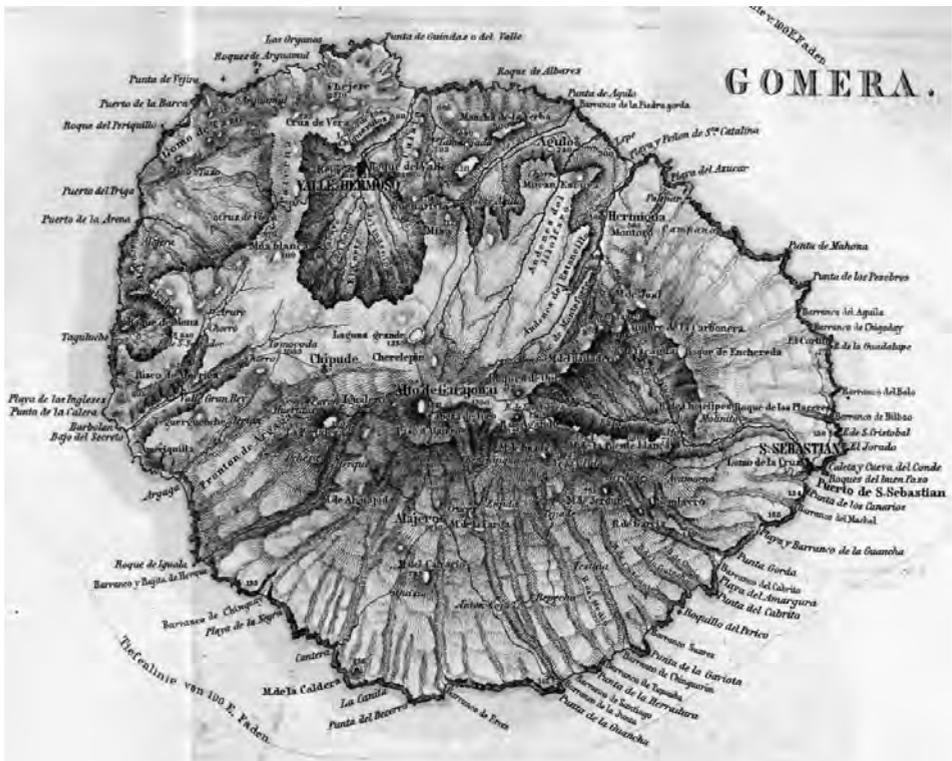
A finales de noviembre de 1862 está ya en La Gomera, donde pasará el fin de año, visita las primeras factorías atuneras y se entera de algunas leyendas tradicionales. Una de las cosas que más le llama la atención es el lenguaje silbado de la isla:

Más tarde, en el camino entre Alajeró y Santiago, tuve la oportunidad de conocer una forma singular de entenderse a gran distancia, un lenguaje convencional que los gomeros utilizan cuando los interlocutores están alejados: la comunicación por silbos. Los pastores gomeros han sabido imprimir al silbo emitido con ayuda de los dedos tantas modulaciones, que son capaces de llamarse unos a otros, habiendo profundos barrancos de por medio, y de expresar preguntas y respuestas diversas. En este sentido, personas dignas de crédito me han contado que, empleando este medio, han encargado leche a pastores que apacentaban sus rebaños lejos de allí. Un comandante del ejército español, a quien tal cosa le parecía increíble, hizo colocar a dos gomeros a considerable distancia uno del otro, mandando preguntar por silbos si José conocía al inglés N. de La Orotava. Le tradujeron la siguiente respuesta: "Ni lo he visto ni lo conozco". Entonces el oficial se acercó al preguntado, mandándole repetir verbalmente la pregunta y la respuesta. Se dice que este medio de comunicación típico de La Gomera, que, por supuesto, sólo comprenden los iniciados, ha reportado, algunas veces, ventajas a los españoles en tiempos de guerra. Anteriormente, los isleños silbaban salmos de alegría en la iglesia durante la celebración de la Navidad; pero, habiéndose derivado abusos de ello, en el año del Señor de 1862 el sacerdote prohibió dichos silbos so pena de graves castigos. Sin embargo, no se habría hecho cumplir tal prohibición, si los próceres de la villa de San Sebastián no se hubieran repartido por la iglesia y cerrado las puertas en la Misa del Gallo. Sin embargo, antes y después silbaron en las calles más alto si cabe.

Esta referencia, la primera de un científico extranjero, fue muy citada por todos los que estudiaron el silbo gomero después de von Fritsch.



Hemos visto la impresión que le produjeron las islas de Tenerife, La Palma y La Gomera a Karl von Fritsch, uno de los geólogos alemanes más importantes del siglo XIX, de talla comparable a Leopold von Buch. Recordemos, simplemente, que fruto de sus cuatro años de estancia en Suiza fueron un mapa y un libro sobre la región del Gotardo que sirvieron de base al túnel que se excavó allí posteriormente. Ésta es también la fuente de sus comparaciones de los montes canarios con los Alpes suizos. Famosos fueron también los otros dos geólogos alemanes con los que compartió su interés por nuestras Islas y la autoría de libros: Georg Hartung y Wilhelm Reiss. El primero se opuso a la teoría de los cráteres de levantamiento de von Buch y el segundo realizó un largo viaje por Sudamérica (1868-1876), inaugurando las modernas excavaciones científicas. Pero sigamos con las estampas que de Canarias nos ofrece von Fritsch.



Mapa de la isla de La Gomera por Fritsch.



El 5 de enero de 1863 zarpa de La Gomera con dirección a El Hierro, de cuyos habitantes nos dice:

Los habitantes de El Hierro son los canarios más amigables, hospitalarios y modestos. No se ve por ningún lado a gente vestida con harapiento desaliño, como ocurre, a veces, en La Gomera. Los herreños visten un curioso traje de lana marrón, su calzado es muy primitivo y se tocan con un gorro puntiagudo, tejido y de color marrón; tienen también un baile curioso, el *fandango herreño*. Los gomeros no presentan nada característico en su vestimenta.

Está claro que von Fritsch confunde el típico baile español con el *tango herreño*. Nos habla, entre otras cosas, de los lagartos de Salmor:

A juzgar por la repetida pregunta que me dirigieron los *herreños* de si no había visto a tales animales, parece que, sobre todo en la parte oriental de la isla y en el Roque de Salmor (que surge del mar, aislado, por esa zona) todavía hay aquellos grandes lagartos (*camaleones* para los isleños) que mencionaron, en la Edad Media, los capellanes de Bethencourt, “des lézards grands comme de chats et hideux”, y que son muy diferentes del lagarto canario corriente, que mide unos 30 cm. de largo.

Tras más de un mes en El Hierro, von Fritsch se dirige a Gran Canaria, adonde llega el 15 de febrero de 1863. Después de sufrir la cuarentena de rigor, debido a la fiebre amarilla, empieza sus excursiones por la Isla. De su capital dice lo siguiente:

En Las Palmas, encontré la más amigable cortesía tanto entre los naturales como entre los residentes extranjeros, y me pareció que allí había mayor formación intelectual que en las restantes ciudades canarias. Los hoteles son aceptables y las tiendas están bien provistas. El Casino está suscrito a muchos periódicos y revistas españoles, franceses e ingleses, y en su biblioteca se encuentra también la obra que sobre Canarias escribieron Barker-Webb y Berthelot. [...] Creo que, con muy poco esfuerzo, podría Las Palmas aventajar a Funchal como centro de reposo para enfermos y estación termal, pues, además de poseer Gran Canaria las fuentes agrias de Firgas, Teror, Telde, etc., con un agua muy



refrescante y de excelente sabor, también se pueden tomar baños de mar cómodamente y sin peligro alguno, incluso para los que no saben nadar, en la playa tranquila y sin profundidad del istmo de Guanarteme y en más sitios.

Nuestro autor, que había conocido, en Santa Cruz de Tenerife, a Sabin Berthelot, hace amistad, en Las Palmas, con Emiliano Martínez de Escobar y Gregorio Chil y Naranjo, con quienes trató, entre otras cosas, del mito platónico de la Atlántida.

Tras un mes largo de estancia en la Isla, el 17 de marzo se embarcó para Fuerteventura: "A mitad de marzo de 1863 partí de Las Palmas para hacer sólo una visita fugaz a las dos islas más orientales del Archipiélago canario, pues el profundo estudio que el señor Georg Hartung había realizado de ellas hacía innecesario que me detuviera allí mucho tiempo". De Fuerteventura destaca el siguiente cuadro:

Los alrededores de Antigua constituyen la parte más animada y viva de Fuerteventura. Desde el borde de la caldera de Gairía pudimos gozar de una panorámica sobre esta zona. En torno a nosotros se extendían las localidades más ricas de la isla: Antigua, Ampuyenta, Agua de Bueyes, Tiscamanita y Tuineje, con las pequeñas aldeas aledañas, las palmeras y árboles frutales, los pozos y sus norias (a las que hacen girar camellos para obtener agua con que regar los campos), las eras (en las que el ganado pisotea fatigosamente el cereal para trillarlo). A nuestros pies, en medio de la gran llanura de *malpaís*, destacaban las tres negras *calderas* de Teguitar; al este, por el lado del mar, una cadena de grises montañas basálticas rodea este extenso valle; las rojas cumbres redondeadas de la cordillera central de la isla impiden ver el mar que baña la costa occidental, pero hacia el suroeste, por encima de la abrupta



Vista panorámica de Fuerteventura desde Agua de Bueyes.



Montaña del Cardón, se pueden reconocer los picos de la península de Jandía. Hacia el norte se divisan las montañas que miran hacia La Oliva.

Además del paisaje y la geología, describe también la fauna característica de la Isla; así, además de las cabras salvajes de Jandía, menciona los camellos y dos aves muy características:

Cuando, en medio de las dunas de arena, nos tropezábamos un rebaño de camellos que pastaban en medio de aquella comarca sin gente o intentábamos seguir con la vista la carrera o el vuelo de pájaros que difícilmente se encuentran en las otras Islas, como el *Pterocles arenarius* (*ganga*) o el *Cursorius isabellinus* (*engañamuchachos*), en ese momento el extraño y atractivo paisaje de nuestro entorno nos trasladaba mentalmente al Sáhara, sito a unas pocas millas al este.



Corriente de lava que desemboca en el mar por el Puerto de Arrecife.



El 10 de abril ya está en el puerto de Arrecife, cuya actividad comercial encomia. Naturalmente se interesó por la zona devastada por las dos grandes erupciones históricas que asolaron la Isla, a saber, la de 1730-36 y la de 1824, y se muestra fascinado por el paisaje que dejaron, como se aprecia en el siguiente ejemplo, uno de tantos:

Desde *Montaña Blanca* continuamos siempre en dirección suroeste hasta *San Vicente*, la vertiente meridional de la hilera de volcanes en que se encuentra *Montaña Blanca*; allí, precisamente por donde, en 1736, una lengua de lava abrió un boquete en esta cadena, atravesamos nosotros para llegar a la zona de las erupciones más modernas. Una espesa capa de negras cenizas volcánicas cubre el suelo y los pasos del caminante provocan un crujido singular en esta masa desmoronadiza y porosa. A pesar de no tener encima ni una pizca de tierra, estas cenizas constituyen el suelo más fértil de la isla, pues sirven para mantener húmeda, durante mucho tiempo, la tierra arcillosa y caliza que hay bajo ellas. Se cultivan, sobre todo, viñas e higueras en profundas fosas con forma de embudo cavadas en medio de estas nuevas cenizas volcánicas. En el camino se encuentran las casas de campo de ricos propietarios, las cuales, pintadas de blanco, contrastan vivamente con el triste paisaje negro. Hartung tiene razón: así debería de lucir el paisaje de otros lugares, si la nieve fuera negra. A nuestra derecha está el enorme campo de lava del siglo pasado, casi por entero desprovisto de vegetación, a no ser algunos líquenes, y, un poco más lejos, se elevan los nuevos conos volcánicos, entre los que llama especialmente la atención la *Montaña del Fuego* por sus manchas de vivos colores (rojo, amarillo y blanco) cerca de la cima, consecuencia de la actividad de las fumarolas. En cambio, arbustos euforbiáceos tiñen de verde los conos de erupción más antiguos, que surgen aisladamente entre las masas de lava, de manera que éstos contrastan de forma muy característica con los conos volcánicos más recientes.

Por supuesto, los Jameos y la Cueva de los Verdes también le resultan espectaculares.

La obra concluye con dos apéndices. El primero consigna las alturas más importantes de las Islas, excepto Tenerife, pues, como nos dice el propio autor:



“Los datos sobre la altimetría de Tenerife se publicarán, en su momento, dentro de la obra sobre la geología de esta isla que estoy preparando en coautoría con los doctores Reiss y Hartung”, obra a la que ya se ha aludido. El segundo apéndice ofrece los mapas más completos y exactos hasta ese momento (y hasta mucho después) de Gran Canaria, La Gomera y El Hierro.

En suma, la tarea que realizó von Fritsch en nuestras Islas fue de la mayor importancia, sólo comparable a la de Leopold von Buch y a la de su colega Georg Hartung. No sólo se ocupó con el mayor rigor de la geología de Canarias, sino que observó y anotó cuidadosamente todo lo que le pareció digno de mención, desde los vestigios prehistóricos hasta la contabilidad popular, desde la confección del guarapo hasta la utilización de cuevas como viviendas. Y lo hizo con el espíritu científico y constructivo que testimonian tanto su escrupulosa mención de las fuentes que había utilizado como su apego por la observación directa y personal, ausente en otros extranjeros que escribieron sobre el Archipiélago. Por ello su influencia se dejó sentir largo tiempo tanto entre los canarios y como entre los estudiosos extranjeros que se ocuparon de las Islas. Así, además de las referencias de Chil y Naranjo, lo menciona con mucha frecuencia el suizo Hermann Christ en *Eine Frühlingsfahrt nach den Canarischen Inseln*, publicada en 1886. Y, al año siguiente, lo cita Max Quedenfeldt en su comunicación a la Sociedad Berlinesa de Antropología (cuyo presidente, por cierto, era entonces Wilhelm Reiss) acerca del silbo gomero. Por último, terminaremos recordando que, en 1923 y también en relación con el silbo gomero, lo vuelve a nombrar René Verneau.

Selección bibliográfica

FRITSCH, Karl von (1867). *Reisebilder der Canarischen Inseln*. Gotha: Justus Perthes.

FRITSCH, Karl von (2006). *Las Islas Canarias. Cuadros de Viaje*. Traducción, estudio introductorio y notas de José Juan Batista Rodríguez y Encarnación Tabares Plasencia. La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria.